

## Recensiones

ELIO ARÍSTIDES Y LUCIANO DE SAMOSATA, *Discursos Sagrados. Sobre la muerte de Peregrino. Alejandro o el falso profeta*, Akal, Madrid, 1989, 220 pp.

En 1989 aparecía en las librerías españolas una obra largo tiempo esperada entre quienes mostramos algún interés por la literatura griega de época imperial<sup>1</sup>. De nuevo, María C. Giner Soria acertaba plenamente traduciendo obras de la denominada segunda sofística: en esta ocasión se trataba del grupo de composiciones más significativas de las que salieron de manos del curioso personaje Elio Arístides, los *Discursos Sagrados*, y dos opúsculos de Luciano de Samosata, *Sobre la muerte de Peregrino* y *Alejandro o el falso profeta*.

Constituyen las tres un grupo de testimonios fundamental para comprender la vida del oriente grecoparlante durante el siglo II de nuestra era. Además, como casi toda la literatura griega de este momento, constituía una gran laguna en la bibliografía española, que tradicionalmente había olvidado su existencia, lo que afectaba en especial a la obra de Arístides. Tampoco fuera de nuestras fronteras el hipocondriaco orador ha recibido un mejor trato: las ediciones del texto griego son escasas, aunque la obra que de él se nos conserva es numerosa; apenas una completa, la de Dindorf<sup>2</sup>, que ocupa tres gruesos volúmenes<sup>3</sup>, y otra, la de Keil<sup>4</sup>, que supera con mucho la labor del primer editor, aunque está incompleta. Las traducciones tampoco se prodigan más, existiendo sólo una versión completa de su obra en inglés debida al profesor Behr<sup>5</sup>, que se ha convertido en obra fundamental y de obligada referencia para todo el que quiera conocer la labor del sofista<sup>6</sup>. En España tampoco ha merecido mejor suerte, existiendo únicamente una traducción todavía incompleta de parte de sus discursos llevada a cabo por los doctores Fernando Gascó y Antonio Ramírez de Verger<sup>7</sup>.

Por eso no se puede menos que mostrar satisfacción con la aparición de esta traducción española que pone al alcance del lector obras de tanta importancia. Y la satis-

---

1. Elio Arístides, Luciano de Samosata: *Discursos Sagrados. Sobre la muerte del Peregrino. Alejandro o el falso profeta*. Madrid, 1989.

2. W. Dindorf: *Arístides*, Leipzig, 1829.

3. De unas 800 páginas de texto griego cada uno de ellos.

4. B. Keil: *Aelii Aristides quae supersunt omnia*. Vol. II, Berlín, 1898.

5. P. Aelius Aristides: *The complete works, II vol.* Leiden, 1981.

6. M.<sup>a</sup> C. Apostilla Giner, *op. cit.* p. 31 núm. 32: que será obra definitiva durante mucho tiempo.

7. Elio Arístides: *Discurso, I*. Madrid, 1987. Donde se incluyen el *Panatenáico* y *Contra Platón: en defensa de la retórica*.

facción tiene además otro motivo: Arístides es realmente un autor difícil. Su griego dista mucho de aquella claridad de los autores del siglo V y IV a. C.: las frases excesivamente largas, hasta tanto que a veces hace que se pierda el hilo narrativo, las construcciones descuidadas, en ocasiones escritas al hilo de los pensamientos, que dan una imagen de desorden, la monotonía de los temas que trata, fundamentalmente sus numerosas enfermedades y los síntomas de ellas, el pretendido aticismo, que le lleva a rechazar términos corrientes para sustituirlos por perífrasis «clásicas», etc., convierten realmente la lectura de los *Discursos Sagrados* en algo difícil y tortuoso, para lo que el intérprete debe armarse de paciencia. Por ello la labor de M.<sup>a</sup> C. Giner debe ser apreciada.

Se ha pretendido, en el volumen, recoger un grupo de obras que mostraran los cambios en la espiritualidad que durante el siglo II se están produciendo: a ello presta la mayor parte de la introducción y de las notas que acompañan el texto, donde se incluyen los puntos fundamentales para la comprensión de este proceso: el eclecticismo religioso, la importancia de nuevos dioses, la angustia vital, el recurso a los dioses protectores y sanadores, la importancia que a los sueños se le concede como medio de comunicación con la divinidad, etc.: Arístides, sin duda, conforma el ejemplo más acabado de todas estas transformaciones: desde que enferma y, desengañado de la medicina humana, recurre a Asclepio, hasta que llega a creer que toda su vida está en manos del dios, quien le guía y le protege<sup>8</sup>. Y sus *Discursos Sagrados*, el relato más detallado de todas ellas.

No obstante, en la traducción y en las notas encontramos que se le ha prestado poca atención a otros asuntos: interesada en mostrar la vida religiosa de la época, se olvida que la obra de Arístides, por sus especiales características, se convierte también en un excelente testigo de los restantes aspectos del mundo de la segunda sofística. Y en concreto me refiero al mundo de las ciudades y a sus relaciones con el poder imperial. El lenguaje de Arístides es oscuro, lo cual dificulta la interpretación de los pasajes; pero el conocimiento detallado de las instituciones y un lento análisis de las perífrasis con las que a ellas se refiere, puede sorprender por sus resultados. Por ejemplo, en V, 72: Arístides relata cómo fue nombrado irenarca, término que no utiliza y sustituye por custodio de la paz: «Se enviaban a los gobernadores, en aquella época, desde cada ciudad, todos los años, los nombres de diez personas de relieve» de los que el gobernador provincial elegía uno. Con aquella expresión se pretende traducir el término *dekaprotoi*, con lo que no se le hace ningún favor: precisamnete es ésta una de las pocas ocasiones en que Arístides utiliza realmente el término institucional: los *dekaprotoi* estaban encargados de recaudar los impuestos imperiales en las ciudades a las que pertenecían, y eran responsables con su patrimonio. Fue Antonino Pío, mientras desempeñó el proconsulado de Asia, quien instituyó, en un intento de revitalizar la institución de la irenarquía, este nuevo sistema de elección. De igual manera el traducir el término *archôn* (V, 99) es obviar uno de los principales problemas institucionales de Esmirna: qué magistrado presidía el consejo, inclinándose por la opción de Keil, que es discutida, sin permitir al lector que perciba la duda.

Los ejemplos se pueden multiplicar, especialmente, aunque no sólo, en los pasajes en los que el sofista narra sus tribulaciones para conseguir la ansiada inmunidad a la que tenían derecho los sofistas, retores, médicos y quizá también los filósofos. Este texto nos permite contemplar parte de la vida institucional de las ciudades griegas en

8. Hasta extremos verdaderamente absurdos, cuando piensa que vive gracias a que la vida de otro ha sido entregada por la suya.

acción, a diferencia de las fuentes epigráficas y jurídicas; se puede observar las luchas dentro de la aristocracia, que se plasma en los diversos bandos que se forman para nombrar a uno u otro candidato para una onerosa liturgia o para privar a un inmune de su privilegio; el papel que todavía la asamblea municipal desempeña; el carácter gravoso que tienen los sacerdocios; cómo funcionan las sesiones judiciales; el intervencionismo del gobernador provincial dentro de las ciudades; cuáles son y deben ser las labores de los sofistas oficiales; las disputas entre los sofistas; las relaciones entre las aristocracias municipales y las imperiales, etcétera.

Esto es algo de lo que ya algunos autores intuyeron, así Levy<sup>9</sup>, Chapot<sup>10</sup>, Boulanger<sup>11</sup>, Behr<sup>12</sup>, relacionan el mundo institucional y político con los discursos sagrados; pero todavía se echa en falta la existencia de una obra de conjunto que aclare todas esas cuestiones. Mientras tanto, bienvenida sea la traducción.

Juan Manuel CORTÉS COPETE  
(Universidad de Sevilla)

TÁCITO. *Historias*. Ed. de J. L. Moralejo Alvarez. Madrid, Akal Clásica, 1990, 335 pp.

Una nueva edición castellana de Tácito es siempre un motivo de satisfacción para los historiadores que nos dedicamos al mundo antiguo. En ésta que presentamos concurren dos hechos por los que debemos congratularnos aún más. Primeramente porque, por fin, se haya abordado la traducción de las *Historias*, ya que las ediciones que de ellas disponíamos hasta la fecha (la de Coloma de 1629, reeditada numerosas veces, y la de Blanco García de 1957) han quedado ya muy superadas y eran prácticamente inutilizables para el historiador.

El interés que sigue despertando esta obra de Tácito en la historiografía moderna se pone claramente de manifiesto en las más recientes relaciones bibliográficas recogidas por revistas como *Lustrum*, *Anzeiger für die Altertumsforschung* o, por citar el último compendio bibliográfico que conozco, el de Herbert W. Benario, «Recent work on Tacitus (1974-1983)», *Classical World*, 80, 2, 1986.

En segundo lugar hay que destacar que la traducción de la obra (acompañada de una valiosa introducción de las pp: 9-34) ha sido encomendada a la persona que, tanto por sus profundos conocimientos del latín como de la producción del historiador romano, mejor podía sin duda llevarla a cabo: el profesor J. L. Moralejo. Conocemos y somos muchos los que hemos manejado ya su edición de los *Anales* de Tácito (Madrid, Ed. Gredos, 1979-1980, 2 vols.) que, en su momento, cubrió también otra grave laguna como ahora vienen a cubrir ésta. El peso de Tácito no sólo en la historiografía antigua, sino en buena parte del pensamiento moderno desde el siglo XVI, son motivos que justifican sobradamente nuestra cálida acogida de esta excelente edición de las *Historias*.

Santiago MONTERO  
(Universidad Complutense, Madrid)

9. *Etudes sur la vie municipale de l'Asie mineure sus les Antonins*. Reg., 1895, 1899 y 1901.

10. *La province romaine proconsulaire d'Asie*. París, 1904.

11. *Aelius Aristides et la Sophistique dans la province d'Asie au II siècle de notre ère*, París, 1923.

12. *Aelius Aristides and the Sacred tales*, Amsterdam, 1968.